

¡Qué manera esa de existir!

Qué manera esa de pecar: las mujeres de las clases populares en Bogotá (1885-1957)

DIANA GÓMEZ NAVAS

Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 2017, 292 pp.

DESDE EL año pasado, una ola de iconoclasia antirracista ha invadido diferentes ciudades en América y en Europa. Este fenómeno hizo pública la discusión sobre la construcción de la historia, sus protagonistas y su incidencia en la acción política actual. Hoy, leer y pensar sobre historia lleva consigo, inevitablemente, las preguntas por quién la escribió, quién quedó fuera de ella y por qué. El libro *Qué manera esa de pecar*, de Diana Gómez Navas, trae a las mujeres de clases populares de finales del siglo XIX y de la primera mitad siglo XX a la historiografía nacional. Estas mujeres han sido parte del paisaje de los grandes eventos que marcan la historia de Colombia. Sin embargo, en este texto la autora vuelve a ellas no con la idea de hacerlas heroínas merecedoras de grandes esculturas; al contrario, la autora busca comprender cómo desde la cotidianidad, y a pesar de las múltiples imposiciones que cayeron sobre ellas por su condición de género y clase, las mujeres de las clases populares lograron situar su voz y presencia en la esfera pública de la época.

Gómez Navas plantea que el objetivo principal del libro es:

[...] poner de manifiesto la forma como se construyeron en el transcurso del tiempo unos estereotipos de las mujeres de las clases populares que hicieron de ellas unos agentes abrigados por la carencia, la falta y la necesidad, estratagema que los discursos clasistas, religiosos y hasta estatales promovieron al tiempo que obscurecían contradicciones profundas de una estructura social excluyente e inequitativa. (p. 16)

Este objetivo se desarrolla caracterizando los modelos de mujer que consolidó la Iglesia y mostrando cómo estos, a partir de las condiciones

sociopolíticas del país, fueron cambiando de expresión sin trastocar radicalmente la tarea principal impuesta a las mujeres: mantener y cuidar la familia para garantizar la construcción de un Estado-nación fundado a partir de fuertes valores morales.

Según el texto, el modelo católico de mujer se fundamentó en dos figuras: Eva (mujer pecadora y transgresora) y María (mujer sumisa, obediente y casta). Desde la Colonia, ambos modelos fueron los principales referentes para las mujeres del país. En los espacios laborales y educativos se instauró el ideal mariano como parte constitutiva de los proyectos conservadores. En esos momentos de la historia, las mujeres se dedicaban al cuidado del hogar propio o ajeno; de los niños, como maestras de educación básica, e incluso de los enfermos. En los proyectos de corte liberal, las mujeres podían tener mayor acceso a la educación y al mundo laboral en tareas que no necesariamente estaban enmarcadas en los valores sociales naturalizados por el ideal mariano. Sin embargo, en aquel período las mujeres debían continuar cumpliendo con su lugar virtuoso y abnegado y, al mismo tiempo, con el ideal moderno de mujer bella e independiente.

A los modelos de mujer impuestos por la Iglesia se sumaron las fuertes jerarquías que reproducía una sociedad estamental y que, posteriormente, siguieron vigentes y en contradicción con la consolidación de un Estado moderno y democrático. El acceso al mundo público estaba restringido, en términos generales, para las mujeres. Sin embargo, tal restricción de género no significó lo mismo para las mujeres de las clases populares, quienes por su condición económica se vieron obligadas a entrar al espacio público para garantizar la subsistencia. Estas mujeres, que no tenían un respaldo familiar o estatal, fueron estigmatizadas como sujetos desvalidos por su vinculación a labores formales e informales, convertidas en objeto de múltiples intervenciones filantrópicas y religiosas. Para los autores de estas acciones caritativas, las condiciones precarias de las mujeres de clases populares no estaban enraizadas en una estructura desigual, sino que se trataba de un asunto moral y espiritual.

En relación con este contexto, la autora hace un rastreo para identificar las prácticas que permitieron a las mujeres de clases populares tener un lugar en el mundo público a pesar de los estereotipos que pesaban sobre ellas. Como resultado de su investigación, Gómez Navas señala que ellas utilizaron esos estigmas para demandar cambios en su cotidianidad. Vivanderas, chicheras, maestras, viudas, mujeres campesinas, prostitutas, etc., no se salieron del marco de representación impuesto por las clases dominantes. Todo lo contrario, lo utilizaron para buscar mejores condiciones de vida: “[...] se trata de hacer exigible la caridad para no reñir con las formas establecidas, aun cuando se sepa que ninguna caridad es exigible, por eso, hacerlo pone en cuestión esas normas establecidas” (p. 239).

Este hallazgo de la autora resulta totalmente relevante para la historiografía nacional, pues no solo visibiliza las prácticas de sujetos históricamente marginados, sino que también pone el foco en la cotidianidad como lugar de creación de agencia. En 1979, Michel de Certeau reflexionó alrededor de las prácticas cotidianas como mecanismos para reorganizar los discursos de poder y los lugares que estos imponen a los sujetos. El autor reconoce que en las circunstancias ordinarias hay modalidades de acción que logran crear fisuras en campos de juego esquematizados y controlados por el poder. Esas fisuras, más que resistir, buscan crear otros registros. Según el autor, no hay que hacer de lo ordinario algo extraordinario para cuestionar o incluso subvertir formas de poder. En esos sistemas de dominación que asimilan a los sujetos desde ciertos lugares hay que reconocer formas para que estos mismos entren en crisis.

Mediante un trabajo de archivo riguroso, Gómez Navas demuestra cómo las mujeres de las clases populares identificaban problemas en la conformación urbana que las afectaban a ellas directamente, y que requerían de una intervención inmediata de las autoridades estatales o eclesiales. Si bien en esas demandas y requerimientos ellas se enunciaban desde el lugar socialmente asignado, como mujeres desprotegidas, también estaban cargadas de la necesidad de ser reconocidas como parte de la esfera pública

HISTORIA		RESEÑAS
<p>de la Bogotá de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Al mismo tiempo, este lugar paradójico de enunciación les permitía hablar, sugerir y pedir cambios en dicha esfera. Era una forma de tornarse visibles en un contexto que las invisibilizaba.</p> <p>En su libro, Gómez Navas trae una vez más la existencia de estas mujeres a la esfera pública. Su ejercicio fundamentado en la metodología de la historia social pone a otros sujetos en el contexto histórico, no desde el lugar de heroínas o grandes próceres, sino desde un espacio tan ordinario que terminó siendo casi imperceptible para el poder dominante de la época. Este mundo de la vida cotidiana, que no ha sido considerado por la historiografía hegemónica, se convierte en el libro de Navas en un territorio inédito para repensar la política o, como lo plantea Rita Segato, domesticar la política como respuesta a las formas patriarcales de hacer y entender el escenario de lo político. Las mujeres de las clases populares no necesitan de grandes esculturas de granito, bronce o cemento que adornen las calles de las principales ciudades colombianas; por las formas en que existen y hacen presencia en el contexto nacional no necesitan de este tipo de íconos para ser expresadas. Llegar a ellas y a sus prácticas requiere de una búsqueda cuidadosa en los archivos que construyen la historiografía nacional. Diana Gómez Navas realiza este trabajo permitiéndonos acceder a un lugar en la historia que poco ha sido explorado y contado: el lugar de la agencia de las mujeres dentro de las estructuras de género y clase para afirmar su existencia en el espacio público de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.</p> <p style="text-align: right;">Jeisson Bello R.</p>		